

drama, los caracteres y varias escenas principales, no puede haberlos producido un autor de tercero ó cuarto orden como el buen Andrés⁴: son, á no dudar, obra de un autor de primera jerarquía. Nótese gran desigualdad de dición en esta comedia: hay trozos de estilo afectado, oscuro y prolijo; hay otros en que el lenguaje es claro, propio, enérgico, breve: señal clara de que trabajaron allí dos escritores. ¿Quiénes serían? Yo creo que el primero fué TELLEZ, y que Claramonte refundió la obra de TELLEZ. El carácter del rey Don Pedro ofrece muchos puntos de semejanza con el de Don Juan Tenorio en *El Burlador de Sevilla*. La sombra del clérigo, figura admirablemente dibujada, tiene grande analogía con el personaje del comendador Ulloa. La tropelia hecha con la graciosa en el tejado, alguna expresión del gracioso, las escenas del Rey y el Infanzon en el acto primero y el último, y toda la parte prodigiosa de la fábula, se distinguen por aquel carácter de originalidad y osadía que se admira en *El Convidado de piedra*, en *El Condenado por desconfiado*. Tanto es lo de mas como lo de menos, *La República al revés*. *El mayor desengaño*, y demas comedias de TELLEZ, cuyo argumento comprende lances maravillosos. Lo que no admite duda es que la obra de TELLEZ y Claramonte fué retocada despues por otro, ántes que Moreto formara sobre ella su *Valiente justiciero*, que la desterró de las tablas no muy justamente. El manuscrito que existe en la biblioteca del Excelentísimo Señor duque de Osuna, conforme con el del Teatro Español, difiere algo del mio; y uno y otro se diferencian mucho de la comedia impresa: esta es mas corta, tiene otro desenlace, y falta en ella la primera aparicion de la Sombra; por eso he preferido la manuscrita, cuyo texto no sé que hasta ahora haya sido impreso; la del Señor duque de Osuna me ha servido para corregir las equivocaciones de la mia; pero no la he seguido siempre, porque otras veces el texto de mi manuscrito me ha parecido mejor. Sea esta comedia de Lope, sea de TELLEZ y de Claramonte, ó de otro, lo cierto es que era rarísima, y que es una de las creaciones mas notables del teatro español en su época. *El Rico-hombre de Alcalá*, que tanta fama ha dado á Moreto, no pasa de ser una refundicion bien hecha de *El Rey Don Pedro en Madrid*: de allí tomó el argumento, el plan, los caracteres, muchos pensamientos y hasta algunos trozos de versificación; con tales auxilios no es difícil hacer una obra buena. Y téngase presente que lo maravilloso del drama está muy superiormente manejado en la comedia primitiva: la aparicion del clérigo difunto es en la comedia de Moreto un incidente de poco efecto, al paso que la Sombra introducida en *El Rey Don Pedro en Madrid* es un pensamiento digno de Shakespeare; las escenas últimas del acto segundo, á lo ménos en cuanto á la concepcion, rayan en lo admirable, en lo sublime del drama.

El manuscrito del Excelentísimo Señor duque de Osuna tiene al fin la nota y fecha que á continuacion se traslada.

⁴ Andrés de Claramonte era cómico: á uno de ellos hace Don Francisco de Quevedo en la *Vida del gran Tacano*, cap. 22, declarar: «Que á los farsantes que hacian comedias, á todos les obligaba á restitucion, porque se aprovechaban de cuanto habian representado... Como andaban por esos lugares, y les leen unos y otros comedias, tomábanlas para verlas y hurtábanlas; y con añadir una necesidad y quitar una cosa bien dicha, decian que era suya; y declarome como no habia habido farsantes jamas que supiesen hacer una copia de otra manera.» Además de esto, en unas décimas que varios autores escribieron contra Don Juan Ruiz de Alarcón para motejarle de plagario, se le llama entre mil vituperios, *segundo Claramonte*. Podría ser, pues, un refundidor mahoso, pero no un buen poeta dramático, original, creador.

«Esta comedia intitulada *El Infanzon de Illescas*, se puede representar, reservando á la vista lo que no fuere de su lectura. Zaragoza... 20 de 1626.»

La última hoja, donde está la licencia, y las dos anteriores, son de letra distinta del manuscrito.

La portada dice: *El Rey Don Pedro en Madrid, comedia famosa de Andrés de Claramonte*.

Obsérvese que en la licencia se da lisa y llanamente á la comedia el título de *El Infanzon de Illescas*, sin que preceda ni siga el otro título de *El Rey Don Pedro en Madrid*; y por el contrario, en la portada no hay mas título que el de *El Rey Don Pedro en Madrid*, sin que le acompañe el otro de *El Infanzon de Illescas*. Esta circunstancia y la de tener letra distinta las últimas hojas, me inclinan á creer que la comedia primitiva no llevaba mas título que el de *El Infanzon de Illescas*, y con él se representaba; que fué refundida despues como á escondidas, por consideracion ó miedo al autor, que aun viviria en el siglo, y que para representar la refundicion se servian de la licencia dada para la comedia antigua, uniéndola al manuscrito de la nueva.

Andrés de Claramonte falleció en 1610. *El Infanzon de Illescas*, original, sería escrito á principios del siglo XVII á fines del XVI.

No contando la comedia de *El Rey Don Pedro en Madrid* (pues aunque la tengo por de TELLEZ faltan pruebas para justificarlo), son setenta y ocho solas las que conozco de nuestro autor. Algunas se le han atribuido que no son suyas, como la de *Contra su suerte ninguno*, que es de Jerónimo Malo de Molina. La titulada *Vida y muerte de Hércules*, que se incluye así en el catálogo hecho por los herederos de Medel, como en el de Don Vicente García de la Huerta, probablemente no habrá existido nunca. En el índice formado en 1716 por Don Juan Isidro Fajardo, que se halla manuscrito en la Biblioteca Nacional, se dice expresamente que la tal comedia se halla en el tomo V de TELLEZ, donde no hay mas *Vida y muerte* que la de *Heracles*: el nombre de *Hércules* debe haber sido un error de pluma, cometido por uno y copiado por varios. El Señor Don Bartolomé José Gallardo, bibliógrafo eminente y distinguido, poseyó y perdió, segun aparece en un artículo publicado en la *Antología española*, una comedia de Padre TELLEZ, titulada *La Peña de los enamorados*: otra de igual título hay incompleta en el archivo del teatro que fué de la Cruz; pero aunque parece escrita en el siglo XVII, no se le puede atribuir á Tirso, porque en nada se asemeja á las suyas. Muchas de estas se han publicado con títulos diferentes: por los años de 1754 reimprimó Doña Teresa de Guzman una porcion de ellas, aplicando á muchas el distintivo de *comedia sin fama*, en contraposicion al de *comedia famosa*, tan usado en el siglo anterior. En aquella coleccion se da á Fray GABRIEL TELLEZ el nombre de DON MIGUEL TIRSO DE MOLINA y el título de MAESTRO DE LAS CIENCIAS.

El Rey valiente y justiciero y *Rico-hombre de Alcalá*, refundicion hecha por Don Agustín Moreto sobre *El Infanzon de Illescas*, ha sido vuelta á refundir dos veces en nuestros dias, primero por Don Dionisio Solís, y despues por Don José Fernandez Guerra. La del Señor Solís es la que se representa ordinariamente en nuestros teatros; la del Señor Guerra no es conocida, aunque en mi entender está trabajada con tanto esmero y habilidad, por lo ménos, como la de su predecesor. Una y otra permanecen inéditas.

PALABRAS Y PLUMAS.

PERSONAS.

MATILDE, princesa de Salerno.
PROSPERO, príncipe de Taranto.
DON INIGO, caballero español.
EL REY DE NAPOLES DON FERNANDO I.

SIRENA.
LAURA.
GALLARDO, lacayo.
EL DUQUE DE ROJANO.
LISENO.

RUGERO.
TEODORO.
LAURINO.
UN CRIADO.—Acompañamiento del Rey y del duque de Rojano.

La escena es en Nápoles y sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

Salá del palacio de la princesa de Salerno.

ESCENA PRIMERA.

PROSPERO, bizarro, con muchas plumas. MATILDE.

MATILDE.

¡Ah, príncipe de Taranto! Próspero, señor, mi bien, Espera, el paso deten, O anegarás mi llanto.

PROSPERO.

Siendo el desengaño tanto, Ya mi sufrimiento pasa, Por mas que tu amor me abrasa, Las leyes de mis desvelos; Mas ¿cuándo huyeron los celos Que no volviésemos á casa? ¡Ingrata! ¿qué es lo que quieres? ¿Para qué á voces me llamas? Cuando á don Inigo amas, ¿Finges que por mí te mueres? Terribles sois las mujeres, Pues á la sombra imitais, Y como ella, cuando amais, Leves del que os sigue huís, Al que os desprecia seguís, Al que os adora engañais. Si el alma á un español das, ¿Por qué en mi tu amor ensayas?

MATILDE.

Injúriame, y no te vayas; Poco has dicho, dime mas. Mientras que presente estás, Tengo vida; y solo el rato Que ausente mi amor retrato, No hay para mi mal paciencia. Compré á injurias tu presencia Mi amor, que lance es barato. ¿De qué estás, mi bien, quejoso? ¿Quién ha podido ofenderte? Que puesto que vivo en verte Amante cuanto celoso, Como pende mi reposo Del tuyo, aunque así aseguras La fe que en celos apuras, Si hace el gasto tu pesar, No pretendo yo comprar A tu costa mis venturas.

PROSPERO.

Cautelosa persuades Favores con que me enciendes: ¿Por qué mentiras me vendes Con máscaras de verdades? Afeitadas crueldades Tiranzaron mis años; No desmientas desengaños,

T. V.

Que han de hacer en tus mudanzas, Por dilatar esperanzas, Mas incurables mis daños. Ya con el pleito saliste. Lo que no han hecho soldados, Bastaron á hacer letrados; Con ellos al fin venciste. Si mi amor entretuviste Hasta gozar su gobierno, Princesa eres de Salerno: Estado tienes bastante Con que enriquecer tu amante, Mas dichoso, no mas tierno. Ya yo sé que en esta empresa, Si fingiste amarme tanto, Fué por verte de Taranto, Siendo mi esposa, princesa: Pues Salerno te confiesa Por tal, y perdió Rugero Por libros lo que el acero Ganó y impides que cobre, Goza á don Inigo pobre, Español y lisonjero. Entronicese en tu estado; Que la que es rica y se casa Con pobre, lleva á su casa En un marido un criado. Su hacienda ha desperdiciado En la firme pretension De tu amor; y así, es razon Que premies su intento casto; Pues amor con tanto gasto Te obliga á restitucion.

MATILDE.

Puesto que me haya el derecho Que tengo á Salerno, dado La posesion de su estado, Que Rugero habia deshecho, ¿A qué propósito ha hecho Argumentos tu malicia Contra la clara noticia Que sabes de mi valor, Echando á mi noble amor Sambenitos de codicia? Tan léjos de apeteer Tu estado estoy por quererte, Que quisiera empobrecerte Para darte nuevo sér. Si estuviera en mi poder, La vida y sér te quitara, Que luego en tí mejorara; Para que de esta manera, Quanto mas te engrandeciera, Mas á amarme te obligara. De don Inigo confieso, Puesto que en vano trabaja, Lo que en amar se aventaja, Pues es del amor exceso; Mas si cogieras de eso La derecha conclusion, Sacaras la obligacion Que á mi fe constante tienes,

Pues á él le pago en desdenes, Y á tí con el corazon. Si yo fuera agradecida, Y mi voluntad juzgara Sin pasion, su amor premiara Dándole mi estado y vida; Pero está tan oprimida Por tí, que en vez de querelle, Aun no oso favorecelle Con solamente miralle: Mira cómo podré amalle, Si tengo pena de velle.

PROSPERO.

¿Luego osarásme negar Que agora cuando mantiene La sortija que entretiene A tus puertas el lugar, No se ha venido á cifrar En ser él favorecido De tí, y en que hayas salido Con el estado que esperas? Si tú no lo permitieras, Nunca él se hubiera atrevido. Al punto que en tu favor Salió la alegre sentencia, En mi agravio y competencia Hizo alarde de su amor. Joyas de sumo valor Dió en albricias; que no hiciera Mas, si mi estado tuviera. ¿Y quién negarme podrá Que ninguno albricias da De lo que adquirir no espera?

MATILDE.

¿Qué diste tú á quien la nueva De mi dicha te llevó?

PROSPERO.

Abrazos el gusto dió, Que en tí su ventura aprueba; Promesas, que quien las lleva, Presto vendrá á ejecutar; De plumas hice adornar Mis pajes, porque en sus galas Cifrase el amor las alas Con que al cielo ha de volar. Encarecí con razones Y agradecí con palabras Tu suerte.

MATILDE.

¡Pródigo labras En mi amor obligaciones! Mas las que agora propones Pudieran, cuando las sumas, Por mas que amarme presumas, Borrar la fama que cobras; Pues debo al español obras, Y á tí palabras y plumas. Mas como tras tí te llevas La inclinacion que te adora, Una pluma tuya agora Estimo en mas que las pruebas,

Gastos y invenciones nuevas
De ese español, cuyo fuego
Aborrezco, aunque no niego
Que con victoria saliera,
Si en su pretension tuviera
Un juez que no fuera ciego.
¿Con qué favores le he dado
Esperanzas, y á ti enojos,
Pues ni aun con risueños ojos
Sus servicios he mirado?
¿En qué sarao he danzado
Con él? ¿De qué formas quejas?

¿Qué noche, desde las rejas,
Músicas dando á mi calle,
No puse, por no escuchalle,
Candados á mis orejas?
Si me tiene voluntad,
¿Podré quitársela yo,
Pues aun Dios no sujetó
Su albedrío y voluntad?
Si con liberalidad
Gasta y destruye su casa,
Justa, ronda, rompe, abrasa,
¿Ha de sacar mi rigor
Premáticas que en su amor
Y en sus gastos pongan tasa?
Si agora corre por mi
Sortija en mi misma calle,
Y por gozalla y gozalle,
A Nápoles trae tras sí:
¿Puede hacer yo mas por ti,
Porque satisfecho estés
Y no te enojos despues,
Que despejando el balcon,
Quedar en reputacion
De ingrata y de descortés?
Anda, amores, que estás loco:
Tener celos y eucubrillos
Es amor; pero pedillos
Es estimarte á ti en poco.
Si con esto te provoco,
Y ya tu enojo se ablanda,
Entra en la sortija, anda,
Muestra que sales por mí:
Dame esa pluma turquí,
Y ponte esta verde banda;
Que mis celos trocar quiero
En esperanza segura.

PRÓSPERO.

Hechizos de tu hermosura
Cera me hacen, si fui acero.

MATILDE.

¿Vas seguro?

PRÓSPERO.

Estarlo espero.

MATILDE.

¿Correrás?

PRÓSPERO.

Por agradarte;
Mas para que pueda darte
El premio, ¿con qué favor
Piensas animar mi amor?

MATILDE.

Con reirme y con mirarte.

Cámara del Rey.

ESCENA II.

EL REY, RUGERO.

REY.

Rugero, el pésame os doy
De la pérdida presente,
Y tanto mas triste estoy,
Cuanto os miro mas prudente
Y mas cortesano: hoy
Mi consejo os ha quitado
A Salerno, defendido
Por vos como gran soldado;
Que mas con vos ha podido
Que un ejército, un senado.

El favor que permitió
La justicia, en él os hice;
En fin Matilde os llevó,
Con la sentencia felice,
El estado que os quitó.
Pero pues á mi pesar
Os son contrarias las leyes,
Y no es costumbre llegar
A dar pésames los reyes,
Pudiendo mercedes dar,
Conde os hago de Celano.

RUGERO.

Diré, de aquesa manera,
Señor, con César Romano:
«Si no perdiera, perdiera
La merced que hoy por vos gano».
Pero en fin, sois heredero
En el reino y el valor
Pues aun Dios no sujetó
Su albedrío y voluntad?
Si con liberalidad
Gasta y destruye su casa,
Justa, ronda, rompe, abrasa,
¿Ha de sacar mi rigor
Premáticas que en su amor
Y en sus gastos pongan tasa?
Si agora corre por mi
Sortija en mi misma calle,
Y por gozalla y gozalle,
A Nápoles trae tras sí:
¿Puede hacer yo mas por ti,
Porque satisfecho estés
Y no te enojos despues,
Que despejando el balcon,
Quedar en reputacion
De ingrata y de descortés?
Anda, amores, que estás loco:
Tener celos y eucubrillos
Es amor; pero pedillos
Es estimarte á ti en poco.
Si con esto te provoco,
Y ya tu enojo se ablanda,
Entra en la sortija, anda,
Muestra que sales por mí:
Dame esa pluma turquí,
Y ponte esta verde banda;
Que mis celos trocar quiero
En esperanza segura.

REY.

Sois vasallo noble y fiel,
Y el sentimiento os confieso
Que esta sentencia cruel
Me causa, pues sin Salerno,
Bajais de príncipe á conde.

RUGERO.

Por veros, señor, cuán tierno
Vuestra alteza corresponde
A mi lealtad, su gobierno
Menosprecio; pues si es cierto
El amor que habeis mostrado
Y en vuestra privanza advierto,
No iguala su principado
Al que en vos he descubierto.
Lo que aqui sentirse puede,
Por ser de mas importancia,
Es ver que Matilde herede
A Salerno, y que de Francia
La faccion tan fuerte quede;
Que del conde de Anjou es
Deuda, y amiga en extremo,
Y pretendiendo el frances
Quitarnos el reino, temo
No salga con su interes.
Que si Matilde le ayuda
Y en Salerno le da entrada,
Pongo á Nápoles en duda.

REY.

Ya sé cuán apasionada
Matilde, si no se muda,
Es del conde mi enemigo,
Y el daño que puede hacerme.
RUGERO.
De eso soy yo buen testigo,
Y sé que el conde no duerme,
Pues trae de Francia consigo
Un ejército volante
A ponernos en aprieto.
Si con él pasa adelante,
Y el de Taranto, en efeto,
Siendo de Matilde amante,
No aseguró su lealtad
Con vuestra alteza....

REY.

Los dos
Juraron fidelidad,
Estando delante vos,
A mi corona.

RUGERO.

Es verdad;
Pero ¿cuándo el interes
En juramentos repara?
Yo sé que por el frances
La princesa se declara
De Salerno, y que despues
A Nápoles perderás,

REY.

Los dos
Juraron fidelidad,
Estando delante vos,
A mi corona.

RUGERO.

Es verdad;
Pero ¿cuándo el interes
En juramentos repara?
Yo sé que por el frances
La princesa se declara
De Salerno, y que despues
A Nápoles perderás,

Siendo Matilde traidora,
Como lo es; pero podrás
Poner remedio, si agora
Comision, señor, me das
Para visitar su casa.
Cartas ofrezco traerte
Del conde, que á Italia pasa
A instancia suya.

REY.

Tu suerte,
Si hasta hoy te ha sido escasa,
Te ofrece prosperidad
Notable, si aqueso pruebas.

RUGERO.

Esto es, gran señor, verdad.

REY.

Mi comision, conde, llevas,
Usa de mi autoridad:
Su casa toda visita;
Saca á luz esa traicion;
Que si á Salerno te quita,
Presto con su posesion
Tu fe y lealtad te acredita.
Ven, y daréte en secreto
La provision que has pedido:
Sé en su ejecucion discreto.

RUGERO. (Ap.)

El estado que he perdido
Hoy restaurar me prometo.
Con una carta fingida
A Salerno posaré,
Sin que otro pleito lo impida.

REY.

Siempre esta Matilde fue
Arrogante y presumida.

(Vase.)

Sala de la quinta de don Inigo.

ESCENA III.

DON INIGO, GALLARDO.

DON INIGO.

Pésame hacer disparates,
De mis locuras indicios,
Ya que no de mis servicios:
Quitame esos acicates;
Arroja esas galas viles
En el fuego, su elemento;
Esparce plumas al viento,
Mudables como sutiles:
Dame una capa y sombrero
Con que cubra mi dolor.

GALLARDO.

Pues fuiste mantenedor,
Manten el seso primero,
¿Cuerpo de Dios! que sin él,
Vanas sortijas mantienes!

¿Qué diablos es lo que tienes,
Que me traes, sin ser lebrél,
Desde Nápoles aqui
Al galope, despeado?
Seis sortijas has llevado;
Diez premios ganar te vi;
Toda la corte te pinta,
En la gala y la destreza,
Por fénix de la belleza:
¿A qué vuelves á tu quinta,
Desesperado y sin seso
Corriendo por el camino?

DON INIGO.

¿Ay Gallardo! un desatino
Que ha de acabarme confieso.
Plegue á Dios, si amase mas
A Matilde, si la viere,
Si mas servicios la hiciere,
Si la nombrare jamás,
Que me dé el acero humilde
De un cobarde muerte infame.
Desde hoy ninguno me llame
Pretendiente de Matilde.
Nadie á Matilde me nombre;

Que ni Matilde es mi dama,
Ni á Matilde mi amor llama,
Ni ya de Matilde el nombre
Obliga mi pecho humilde.
Sin Matilde viviré:
Matilde mi muerte fué.
Libreme Dios de Matilde.

GALLARDO.

Eso es: «No jureis, Angulo,
Juro á Dios no juro.» — Dale
Con Matilde, mientras sale
Del alma en que la intitulo.
—
¿Bien cumples de esa manera
Lo que acabas de jurar!

DON INIGO.

De este modo quise echar
Todas las Matildes fuera
Que estaban dentro del pecho.

GALLARDO.

¿Quedan mas?

DON INIGO.

Son infinitas.

GALLARDO.

Pues si una á una las quitas,
Trabajarás sin provecho:
Purgarte será mejor;
Que si tantas en ti están,
Mejor por junto saldrán
A vueeltas de esotro humor.
¿Agora sales con eso,
Y en su servicio has gastado
Cuanta hacienda has heredado?

DON INIGO.

No quiero gastar el seso.

GALLARDO.

¿El seso? ¿Tarde piache!
Ojos que le vieron ir,
No le verán mas venir;
Si no es que por él despache
Algun Astolfo, propicio
El cielo, en su libertad,
Al valle de Josafad,
Donde ha de ser el juicio;
Que alli debe estar el tuyo:
Porque si seso tuvieras,
Ni imposibles pretendieras
(Perdona si te concluyo)
Ni hubieras hecho, señor,
Los gastos que sin provecho,
Empobreciendo, te han hecho
Hijo pródigo de amor.

DON INIGO.

Por Matilde todo es poco.
¿Ojalá que mas pudiera,
Porque mas por ella hiciera!

GALLARDO.

En fin, ¿la amas?

DON INIGO.

Estoy loco.

GALLARDO.

¿Y el juramento?

DON INIGO.

Si arraiga
Amor, nadie echarle intente;
Que quien ama, jura y miente.

GALLARDO.

Jura mala en piedra caiga.
Tu hermana á verte ha salido

DON INIGO.

Sácame sombrero y capa.

GALLARDO.

Dispense amor, sin ser papa,
Los votos que no has cumplido. (Vase.)

ESCENA IV.

SIRENA.—DON INIGO.

SIRENA.

¡Hermano! ¡mantenedor,

Y ántes de acabar el día,
En casa y sin compañía,
Que en fe de vuestro valor,
Venga con vos!

DON INIGO.

¡Ay Sirena!

Como mantengo rigores,
Me acompañan disfavores,
Que apadrinan hoy mi pena.
No se acabó la sortija;
Que Matilde desazona
Cuantos placeres pregona
Mi voluntad, ya prolija
En servirla.

SIRENA.

¿Por qué ázares?

DON INIGO.

Oye de amor desvarios;
Que siempre contentos míos
Se rematan en pesares.

Murió Leonelo de San Severino,
Príncipe de Salerno, gran soldado,
Dejando sola una hija y un sobrino,
Los dos competidores de su estado.
Rugero, que fué el uno, al punto vino
De armas, deudos y gente acompañado,
Y echando á mi Matilde de Salerno,
Tomó con mano armada su gobierno.
Decia para esto que heredaba
Aquel estado antiguo, solamente
Varon, y no mujer; y que alegaba
La inmemorial costumbre de su gente:
Matilde en contra, por razon probaba
Que el mayorazgo solo á aquel pariente
Que fuese mas cercano, daba nombre
De su señor, ó fuese mujer ú hombre.
Dividióse de Nápoles la tierra
En bandos, cada uno dando ayuda
A su parte, parando el pleito en guerra;
Que la aficion los naturales muda.
Pero Rugero en la ciudad se encierra,
Con las armas poniendo el pleito en duda,
Defendiendo su célebre milicia
Mejor su profesion que su justicia.
Mas metiéndose el papa de por medio,
Al consejo de Nápoles de estado
Redujo el pleito, dando un sabio medio
Con que quedó Rugero apaciguado;
Porque fundando el fin de su remedio
En verse de Fernando el rey privado,
Con su favor creyó torcer los jueces,
Porque el poder sentencia muchas ve-
Solo aqui la verdad fué poderosa; [ces.
Pues saliendo Matilde con su intento,
Quedó con el estado vitoriosa,
Frustrado de Rugero el pensamiento.
Luego pues que la nueva venturosa
Se supo, pidió amor á mi contento
Albricias, que quedaron á mi cargo;
Que no es amante noble el que no es lar-
Mil joyas di, vestidos y dineros; [go.
Y como si yo fuera el que heredaba,
Amigos convidaba y caballeros;
El paraben á mi esperanza daba.
En fin, mostrando que eran verdaderos
Los deseos que amor en mí animaba,
Delante de la puerta de mi dama
A una sortija mi valor les llama.
Mantuve en ella mi esperanza muerta,
Y con galas, que tuvo prevenidas
La confianza de esta dicha cierta,
Las fiestas publiqué no agradecidas.
Los premios y el cartel fijé á su puerta
Anoche con cien hachas encendidas,
Y alborotado Nápoles con esto,
Con el sol madrugó al festivo puesto.
Salí al son de trompetas y clarines,
De deudos y padrinos rodeado,
Y hallé en balcones del amor jardines;
Que son damas sus flores, si él su prado:
En telas de doseles, de cojines,

(Donde lo ménos que hubo fué brocado)
Mostró la ostentacion napolitana
El poder de su gente cortesana.
Saqué de verde y nacar el vestido,
De manos de oro todo recamado,
Que de las obras simbolos han sido,
Y al silencio en los labios un candado:
Con esposas y grillos á un Cupido,
Que del mismo silencio coronado,
Daba este verso, pienso que discreto:
Obrar callando y padecer secreto.

SIRENA.

Pintaste tu amoroso sentimiento,
Y los servicios que á tu dama hiciste,
Discretamente: ¡lindo pensamiento!

DON INIGO.

El marques Alejandro luego asiste
Tambien de verde, aunque con otro in-
[tento;
Porque aforrado el verde en luto triste,
Dió la letra....

SIRENA.

¿Y decia...?

DON INIGO.

Destasuerte:
Creciera mi esperanza, á no haber
[muerte.

SIRENA.

¿Obsequias en la fiesta hizo á su dama?

DON INIGO.

Murió su amor, muriéndose Rosela.
El conde de Astavilla, cuya fama
A pesar de la envidia al cielo vuela,
La ropa azul de mil fuegos recama,
Y entre los cuatro vientos una vela
Sacó encendida.

SIRENA.

¿Traza peregrina!

¿Y fué, hermano, la letra?

DON INIGO.

Esta latina:
Etenim non poterit mihi.
De vientos vanos sus contrarios trata,
Y á su valor la vela hizo encendida,
A quien ni envidia ni sospecha mata.

SIRENA.

Fué su nobleza un tiempo perseguida.

DON INIGO.

Sacó don Hugo de Aragon, de plata
Una aljuba pajiza guarnecida,
Y un loco á quien el tiempo en vano cura.

SIRENA.

¿La letra?

DON INIGO.

Por amor, esto es cordura.

SIRENA.

De la de Amalfi dicen que es amante.

DON INIGO.

Grimaldo, á quien su dama desestima,
Y él la sirve pacifico y constante,
Salió de pardo.

SIRENA.

Su trabajo anima.

DON INIGO.

La empresa lo declara.

SIRENA.

¿Y fué?

DON INIGO.

Un diamante
Y una mano junto á él con una lima
De acero.

SIRENA.

Ya en el alma de ella toco.
¿Cómo dijo la letra?

DON INIGO.

Poco á poco.

SIRENA.
Todo lo vence amor que persevera.
DON INIGO.
De labrador don Jaime de Moncada
Salió con un gabán de primavera.

SIRENA.
Halló su dama en Aragon casada.
DON INIGO.
Eso en la empresa declarar espera.

SIRENA.
¿Y fué?
DON INIGO.
Sembrar una heredad arada.

SIRENA.
¿Y la letra?
DON INIGO.
Decia: *Amor villano* [no
Siembra esperanzas, y otro coge el gra-
Hércules de Este, Adónis en las galas
Y en la milicia César, en un cielo
Pintó una dama, y él, haciendo escalas
De picas y handeras, desde el suelo
A conquistalla sube, aunque sin alas;
Que mas levanta el ánimo que el vuelo.

SIRENA.
¿La letra?
DON INIGO.
De su amor ponderativa...

SIRENA.
¿Decia...?
DON INIGO.
Aunque estuvieses mas arriba.
No cuento las demas, por no causarte.
Corri con todos, y llevé seis veces
La sortija, y diez precios, que en tal
A ser los ojos de Matilde jueces, [parte,
Me condenaran: no sabré contarte,
Porque de verme triste te entristeces,
El pesar, mi Sirena, que mostraba,
Si la sortija ó precio me llevaba.
Por no sufrillo, en fin, de la ventana
Se quitó, porque en tal desden presu-
El fruto inútil de mi suerte vana, [mas
Cero de amor, si mis servicios sumas;
Hasta que al fin de una hora volvió ufana
Por ver entrar cubierto de oro y plumas
Al de Taranto, dándole sus ojos
Colmos de gustos, como á mi de enojos.
Vestido de los pies á la cabeza
De mas plumas que el mayo tiene flores,
El y el caballo cifran su firmeza
Solo en la liviandad de sus colores:
Pobló de lenguas de oro la riqueza
De su alada divisa; que habladores
En palabras y plumas su amor gastan.

SIRENA.
¿La letra?
DON INIGO.
Si te alaban, aun no bastan.

SIRENA.
Diverso fué del tuyo su conceto:
El en palabras todo su amor precia,
Y tú en obrar callando; que es discreto,
Aunque Matilde tu valor desprecia,
Obrar callando y padecer secreto.
Su habladora divisa juzgo necia,
Pues de plumas y lenguas hizo alarde,
Porque el parlero amor siempre es co-
[barde.

DON INIGO.
Corrió conmigo la primera lanza,
Y derribóle en medio la carrera,
Sospecho que su loca confianza,
Tropezando el caballo.

SIRENA.
Bien pudiera
Volar con tanta pluma.

DON INIGO.
La venganza
De mi amor, que le vió de tal manera,
Mas cortés que soberbia, á darle ayuda
Me manda, hermana, que lijero acuda.
Del caballo me apeo, y que me pesa
De su desgracia muestro; arriba subo
Con él, donde el favor de la princesa
Mas amoroso que discreto estuvo.
Lloró de amor y enojo, y desta empresa
La causa atribuyendo al que mantuvo,
«Solo, español, por vos, loco y prolijo,
Me sucede este mal», la ingrata dijo.
Cesar la fiesta manda, y yo de celos,
Agraviados y desdenes provocado,
No sé si dije injurias á los cielos;
Pero sé que bajé desesperado.
Mandé quitar los precios y arrojélos,
Por ver mi amor cortés tan mal pagado:
Subo á caballo, y loco y ofendido,
Me parto, y de ninguno me despió.
Este fin han tenido, mi Sirena,
Mis servicios, mi amor, mi confianza:
Solo es Matilde, para dar me pena
Y desdenes, mujer, y no mudanza.

SIRENA.
Hecho estás á sufrir, tu enojo enfrena,
Que la firmeza lo que intenta alcanza.
La letra que sacaste en ti haga efeto.
Obrar callando y padecer secreto.

SIRENA.
ESCENA V.
GALLARDO, que saca la capa y el
sombrero de su amo.—DON INIGO,
SIRENA.

GALLARDO.
Ponte capa y sombrero, si jardines
Quieres ver por el mar sobre carrozas
Del agua, que tiradas de delfines
Llevan al sol que en esperanzas gozas.
Al son de chirrimias y clarines
Matilde y otras seis bizarras mozas,
Emulacion de Venus la mas fea,
Dando á sus ondas luz, barloventeas.
En un esquite, de cristal la popa,
Con seis remeros jóvenes por banda,
De casacas vestidos, leve ropa,
Pues son de raso, y el calzon de holanda,
Al toro imitan robador de Europa;
Y con ellos la mar piadosa y blanda,
Sufrir los remos, plumas de sus alas,
Dorados de los puños á las palas.

SIRENA.
A Puzol, quinta suya, aqui cercaña,
Irá: desde el terrado puedes vella.

DON INIGO.
Yo á mujer tan ingrata, tan tirana!
Plegue á Dios, si pusiere mas en ella
Los ojos; si la viere mas, hermana;
Si aunque el mar, que soberbias atro-
[pella,
Volcando el barco, su rigor vengara,
Me moviera á piedad y la ayudara;
Que de sus mismos peces seas sustento.
Ya, Sirena, aborrezco su hermosura:
Próspero salga á verla, que contento
Es Próspero en el nombre y la ventura.

GALLARDO.
¿Qué tanto has de guardar el jura-
[mento?

DON INIGO.
Un siglo.

GALLARDO.
¿Qué tatur, qué amante juras
De no jugar ó amar, sin volver juego?
Este á su pretension, aquel al juego?

SIRENA.
Yo subo á verla; que aunque mas por-
[fies,
Haciendo á tus deseos resistencia,

Has de seguirme.
GALLARDO.
Nunca en votos fies
Que conmuta el amor en penitencia.
Ven, y verás damascos y tabies, [cia,
Que haciendo al sol en todos competes.
Persuaden al mar que es hoy en suma
Matilde Venus, hija de su espuma.
(*Vanse Sirena y Gallardo.*)

ESCENA VI.
PROSPERO.—DON INIGO.

PROSPERO.
Don Inigo, ya ha llegado
A estremo mi sufrimiento,
Que pasar del no consiento
A mis celos y cuidado.
Haciendo agravio á mi amor,
Nota de mi vendré á dar:
El querer bien y el reinar
No sufren competidor.
Quiero bien, y rey me llama
Matilde de sus deseos:
Un año há que en sus empleos
Añado leña á la llama.
Que en premio de mis desvelos
Matilde hermosa me ofrece;
Y aunque el fuego de amor crece
Cuando le atizan los celos,
Fuera menosprecio mio
Que compitiendo los dos,
Tuviera celos de vos;
Que mas de Matilde fio.
Cuanto á esta parte, no estoy
Celoso, aunque si ofendido
De que os hayais atrevido
A amar, sabiendo quien soy,
Aun la sombra de Matilde,
Que mirar no merecis.
¿Vos competencia me haceis,
Pobre, extranjero y humilde!
¿Vos en público á sus puertas
Carteles de amor fijais,
Y esperanzas publicais
Mas locas cuando mas ciertas!
¿Vos sortijas manteneis,
Convidando aventureros,
Cuando aun para manteneros
A vos mismo no tenéis!

DON INIGO.
Próspero, tratad mejor
A quien os sufre discreto;
Pues demas de que respeto
Vuestra nobleza y valor,
Reverencia á la princesa
En vos, porque sé que os ama.
Príncipe Taranto os llama;
La sangre real que interesa
Vuestra casa, es conocida,
Y de mi siempre estimada.
España fué patria amada,
Puesto que no agradecida,
De mi padre y su ascendencia,
De quien nobleza heredé:
Rui Lopez de Avalos fué
Condestable, en la prudencia
Y la lealtad mas notable
Que trovo ni tendrá el mundo;
Aunque don Juan el segundo,
Si le hizo conde, no estáble.
De la envidia huyó á Aragon,
Porque á no ser perseguida,
No es la virtud conocida.
Vino á Italia, en conclusion,
Con don Alfonso el primero
De Nápoles, de Fernando
Padre, que el reino ganando
Con su prudencia y acero,
Hizo al tiempo coronista

Inmortal de su memoria.
No alcanzó Alfonso victoria
En esta noble conquista,
Que no se la atribuyese
Al esfuerzo y al valor
De mi padre vencedor.
Dióle estado en que viviese
A su gusto y eleccion;
Que no quiso escarmentado,
Otra vez entronizado,
Provocar á la ambicion.
Este heredé, y como mozo
Supe conservar tan mal,
Que le gasté liberat,
Porque de serlo me gozo;
Y supuesto que es mudable
El estado y la riqueza,
Siendo el valor y nobleza
Accidente inseparable,
Pues en ella me señalo,
Estimad la calidad
En mas que la cantidad,
Porque en cuanto esta os igualo,
Que yo con vos no compito,
Ni el vuestro mi amor contrasta.
Con una voluntad casta
A Matilde solícito,
Sin que ose mi atrevimiento
Mas que alimentar cuidados,
Dichosos por empleados
En tan alto pensamiento.
¿Qué ocasion en esto os doy
Para agraviaros?

PROSPERO.
Bastante
Es que os tengan por amante
Todos de quien yo lo soy;
Que es estimarme á mi en poco.
Si de ser loco os preciais,
Y con eso os disculpais,
Haré vestiros de loco,
Y quedará disculpado
Vuestro pensamiento altivo.

DON INIGO.
Príncipe, no deis motivo
A algun caso desdichado;
Que si apurais mi paciencia
Y no refrenais los labios,
Romperán vuestros agravios
Las riendas de mi prudencia.
Haced de quien sois alarde,
Y mirad que siempre ha sido
El valiente comedido
Y descortés el cobarde.

PROSPERO.
Sois un....
DON INIGO.
Paso, que sé ser
Hombre, que á pesar de sumas
De ducados, corto plumas,
Y las habréis menester
Para volar, si me enojo.
Advertid que está mi espada
En vuestro agravio afilada,
Y si una vez la despojo
De la vaina que profesa,
Y en vengarme se resuelve,
Es leon que nunca vuelve
A su manida sin presa.

PROSPERO.
Ea, arrogante español,
Haced mas, y no habeis tanto.
(*Echan mano.*)

DON INIGO.
Ya, príncipe de Taranto,
Que su acero ha visto el sol,
No la culpeis, si desnuda
A vuestro pecho se pasa;
Que á quien sacan de su casa,
En la que encuentra se muda.
Sabe el cielo que me pesa
De ofender mi dama así.

ESCENA VII.
SIRENA, GALLARDO.—DON INIGO,
PROSPERO.

SIRENA.
Si hay valor humano en tí,
Favorece á la princesa;
Que hecho el esquite pedazos
En una roca espantosa,
Ya con el mar amorosa,
Da á sus olas mil abrazos,
Porque en ellas no la anegue.

DON INIGO.
Príncipe, esta es ocasion
De amor y de obligacion:
Mas presto en su ayuda llegue
El que mas de veras ama.
Volad, pues os sobran plumas;
Que si amor es fuego, espumas
Del mar no apagan su llama. (*Vase.*)

ESCENA VIII.
PROSPERO, SIRENA, GALLARDO.

SIRENA.
Pues, señor, ¿qué flama es esa?
¿Es razon que así os quedeis,
Cuando en tal peligro veis
Cuangarse á la princesa?
Mi hermano, aunque aborrecido,
Va á socorrerla; seguidle,
Y pagad así á Matilde
El amor que os ha tenido,
Para que en vos se colija
Que llega al último extremo.

PROSPERO.
Mi salud, Sirena, temo;
Que cayendo en la sortija,
Me puede hacer mucho daño
Entrar en el mar tan presto.
En obligacion me ha puesto
El favor noble y extraño
Que de don Inigo escucho,
Y á premiarsele me allano;
Mas es de Sirena hermano,
Y no refrenais los labios,
Romperán vuestros agravios
Las riendas de mi prudencia.
Haced de quien sois alarde,
Y mirad que siempre ha sido
El valiente comedido
Y descortés el cobarde.

PROSPERO.
Adórola, vive Dios;
Mas no importa el ser amada;
Que amor vuela, mas no nada. (*Vase.*)

GALLARDO.
Mas no nada para vos.

ESCENA IX.
SIRENA, GALLARDO.

GALLARDO.
Miren aquí en quien ha puesto
Matilde su voluntad!

SIRENA.
Esta vez de la beldad
De Matilde es manifiesto
Dueño mi hermano.

GALLARDO.
No hay duda,
Si la saca viva á tierra....
O en el alma un tigre encierra.

SIRENA.
El tiempo las cosas muda.
Mucho pueden beneficios
En el mas terrible pecho:
La fineza que hoy ha hecho,
Junta á los demas servicios,
Le han de dar debida paga.

GALLARDO.
Animales hay tan fieros,
Señora, aun de los caseros,
Que aunque el dueño los balaga,
No puede en toda la vida
Amansallos.

SIRENA.
¿Cuáles son?
GALLARDO.
Doméstica tá un raton,
Criado con la comida
De tu despensa, y verás
Que al cabo de un mes y un año,
Mas esquivo está y extraño.

SIRENA.
¿Qué asqueroso ejemplo das!
Labrador, he yo leído,
Que una vibora crió,
Y al fin la domesticó,
Dándola en su cama nido;
Y habiendo sus hijos muerto
A uno del pastor amigo,
Los despedazó en castigo,
Y despues se fué al desierto.

GALLARDO.
Sería vibora ermitaña;
Pero mi ejemplo perdona,
Que la princesa es ratona,
Si no premia aquesta hazaña.
Mas vuelve la vista al mar,
Verás cuál nada por él
Aquese humano batel
En que va amor á pescar
Merluzas, vuelto cangrejo.

SIRENA.
Mi hermano es gran nadador.

GALLARDO.
Pensará que pesca amor
Besugo, y será abadejo.

SIRENA.
¿Sácala?

GALLARDO.
Si, vive Dios.

SIRENA.
¿Notable dicha!

GALLARDO.
Es demonio.
Pues la cruz del matrimonio
A cuestras saca, los dos
Son para en uno. ¡Extremada
Saldrá del mar para esposa!
Que á fe que ha de ser graciosa
Desde hoy, mujer tan salada.
Ya pisa la enjuta arena;
Ya trayéndola en los brazos,
Quisiera, cual pulpo, en lazos
Convertirse.

ESCENA X.
DON INIGO, con Matilde desmayada
en los brazos.—SIRENA, GALLARDO.

DON INIGO.
Mi Sirena,
No hay ya quien mi dicha alcance.
Diestro pescador he sido,
Perlas del sur he cogido,
No tiene precio este lance.
Ven, llevémosla á tu cama.

SIRENA.
¿Viene desmayada?

DON INIGO.
Si,
Mas presto volverá en sí.

SIRENA.
Vamos.
DON INIGO.
Tus doncellas llama.
(*Llevan á Matilde don Inigo y Sirena.*)

ESCAPA XI.

GALLARDO.

Cumplirá el amo su antojo,
Si está preñado por ella;
Pues porque pueda comella,
Amor se la echó en remojo.
Cual huevo fué su hermosura,
Como él por agua pasada;
Pero virgen tan aguada,
Dudo yo que venga pura.

ESCAPA XII.

DON INIGO, SIRENA.—GALLARDO.

DON INIGO.

No quiero yo estar delante,
Que la daré mas pesar
Que los peligros del mar;
Tú, hermana, serás bastante,
Y tus criadas tambien,
Para aliviar su congoja:
Y así entre tanto que arroja
El agua, ropa preven
De la mas limpia y curiosa
Que tienes. Sirena mia,
Impertinencia sería,
Siendo tú tan generosa,
Prevenirte que sacases
De tus galas la mejor;
Que el mayo en aguas de olor
Entre holandas derramases;
Que en regalos y conservas
Te esmerases de tal modo,
Que seas mi hermana en todo,
Ya que de esto me reservas.

SIRENA.

¿Pues dónde vas tú á tal hora,
Que ya el sol su curso pasa?

DON INIGO.

Estando Matilde en casa,
No ha de haber otra señora
Mas que ella: su honestidad
Pide que así la asegure,
Y que liberal procure
Conquistar su voluntad.
Yo sé que el mayor servicio
Que puedo hacerla, Sirena,
Es irme y no darla pena
Con mi vista.

SIRENA.

Noble indicio

Da tu valor en el mundo:
Tu discrecion considero,
Generoso en lo primero,
Y cortés en lo segundo.
Véte con Dios, que yo quedo
En tu lugar: visteté
Ropa enjuta.

DON INIGO.

Ansi lo haré.

SIRENA.

Yo te desharé, si puedo,
Esta nieve que te abrasa.

DON INIGO.

Anda, y no te apartes della.

GALLARDO. (Ap.)

¡Oh cuerpo de Dios con ella,
Y con quien la trujo á casa! (Vanse.)

Campo inmediato á la quinta de don Inigo.—
Es de noche.

ESCAPA XIII.

RUGERO, TEODORO.

RUGERO.

¡Que me quitó tal ventura
Este español! ¡Que á ayuda
La fuese cuando la mar

Darme á Salerno procura!
¡Que la sacase en sus brazos!

TEODORO.

¿Hay temeridad mas loca?

RUGERO.

¡Que en mi favor una roca
Hiciese el vaso pedazos!
¡Oh! maldiga Dios á España,
Y á quien bien quiere á su gente.

TEODORO.

Es don Inigo valiente.

RUGERO.

¡Bravo amor, y brava hazaña!

TEODORO.

Desmayada la sacó,
Y en su quinta la regala,
Porque á su desden iguala
La nobleza que heredó;
Pero ¿qué importa su ayuda,
Si siendo del rey privado,
Comision, conde, te ha dado,
Con que has de quedar sin duda
En la quieta posesion
Del estado que perdiste?
Si ya la carta escribiste,
Y segun tu provision,
Su casa has de visitar,
¿Su favor de qué aprovecha?

RUGERO.

Su firma tengo contrahecha,
Y el papel le pienso echar
Entre los demas que tiene
En su escritorio guardados.

TEODORO.

Heredarás sus estados,
Si á las manos del rey viene.

RUGERO.

Si, Teodoro; mas traiciones
Duran poco, y mucho dañan.
Si los tiempos desengañan
Mis soberbias pretensiones,
¿Qué he de hacer?

TEODORO.

Déjate de eso.

RUGERO.

¿Mas seguro no me fuera
Que el mar sepulcro la diera,
Y que por este suceso,
Sin marañas, heredara
Lo que este español me quita?

TEODORO.

Tu ventura solicita,
Que el favor del rey te ampara.
De Salerno te apodera;
Que si su dueño te ves,
Defendiéndole despues,
Cuando sepa esta quimera
El rey, importará poco.

RUGERO.

¿Aquí Matilde no está?
La noche ocasion me da
Con que deste español loco
Me vengue, y á la princesa
La vida pueda quitar.
Esta quinta he de abrasar,
Con que seguro mi empresa
Mejor que en cartas fingidas.

TEODORO.

¿Cómo lo piensas hacer?

RUGERO.

Esta noche he de poner
Fuego á costa de sus vidas,
Sin que se sepa el autor,
A esta casa; pues durmiendo
Su gente, salir pretendo
Con mi esperanza mejor.
El viento del mar me ayuda
Para abrasalla con él.

TEODORO.

¡Determinacion cruel!
Mas provechosa sin duda.
A propósito es la hora.

RUGERO.

Vamos, que si dicha tengo,
Hoy del español me vengo,
Y muere mi opositora. (Vanse.)

Cuarto destinado á Matilde en la quinta de
don Inigo.

ESCAPA XIV.

MATILDE, en ropa de acostarse; PROSPERO,
PERO, como de noche.

MATILDE.

Príncipe, ¿qué atrevimiento
Es este? ¿Como asaltais
De noche casas ajenas?

PROSPERO.

Propias las puedes llamar,
Ingrata, pues mis desdichas,
Para que padezca mas,
Siempre á don Inigo ofrecen
Empresas, con que obligar
A que amándole, me olvides.
¿Quién duda que ya tendrás
A su atrevido socorro
Rendida la voluntad?
Tres años há que te sirve,
Y que gasta liberal
La hacienda en tu pretension
Que ha desperdiciado ya.
Dió albricias en tu sentencia;
Mantuvo diestro y galán
A tus puertas hoy sortija;
La de esposa le darás
En premio de ella á mi costa.
Arrojóse por ti al mar,
Fiel del fin de tus peligros,
Leandro de tu beldad.
La vida te dió cortés,
Y querráte ejecutar
En ella, sacando prendas
Su amor de tu libertad.
Aposéntaste en su casa,
Quedarte en ella querrás,
Si huésped, ya señora,
Si libre, cautiva ya.
Mucho pueden beneficios;
Confíeselo á mi pesar.
La ocasion hace al dichoso,
La fortuna se la da.
Yo sin ella, y ya sin tí,
Vengo solo á celebrar
A tus ojos mis obsequias:
Goces mil años y mas,
Aunque yo muera celoso,
Su generosa lealtad,
Su apacible compañía,
Su florida y verde edad;
Que yo en manos de la ausencia,
Si es amor enfermedad,
Ausentándome de aquí,
Me parto á Roma á curar.

MATILDE.

Si tú te haces juez y reo,
Y la sentencia te das,
Mis quejas darán en ella
Testimonio de verdad.
Príncipe, obras son amores,
Que las palabras se van,
Como son hijas del viento,
Tras él, sin volver jamas.
Entre las olas me viste,
Con su salado cristal
Luchando á brazo partido;
Entró en él á poner paz
El valeroso español;
Y tú, cuerdo en el obrar,
Si loco en el prometer,

No te atreviste á mojar
Las plumas, como tú, vanas;
Pero no anduviste mal,
Que amor vuela, mas no nada,
Y así no supo nadar.
Nadó don Inigo en fin;
Su dicha supo pescar;
Y á quien nada y me da vida,
Nada es venirle á adorar.
Siempre fueron los peligros
Del amor y la amistad
Piedra-toque que descubre
El oro que sube mas.
Si él es oro, y tú eres hierro,
Yerro, Próspero, será,
Despreciando su valor,
De tu hierro hacer caudal.

PROSPERO.

¿Luego eso dices de veras,
Cuando probándote están
Mis celos que hablan de burlas?

MATILDE.

Caiste; hiciérate mal
Entrar en el mar, que así
Te pudieras resfriar;
Y por no quererme frio,
Te guardaste: ¿no es verdad?

PROSPERO.

Basta: ¿que de mí te burlas!
Pues de veras me verás,
Mudable, desde hoy mudado;
Que así te pienso imitar.
Laura, hermana de Rugero,
Llora, puesto que la suya
Es con la del sol igual.
Desposándome mañana,
Mi amor se despicará;
Que contra un veneno es otro
La cura mas eficaz.
No pienso verte en mi vida.

MATILDE.

Oye, escucha, vuelve acá.
(Ap. ¡Oh inclinacion poderosa!
¡Oh celos! ¡oh amor rapaz!
¿Qué no podréis todos tres,
Si el primero hace el iman
Que no pare hasta que al norte
Mire, que virtud le da?)
Yo quiero desenojarte;
Cesen quejas, haya paz;
Que tras celos y nublados
Amor y el sol lucen mas.
Perdonen obligaciones,
Socorros, vida, lealtad;
Que por mas que eso atropella
Amor, cuando es natural.
Princesa soy, joyas tengo:
Pidame el mejor lugar
Don Inigo, y no me pida
Prendas que en el alma están.
¿Haste ya desenojado?

PROSPERO.

Como el amor es rapaz,
Con poco se desenoja;
Pero corrido estará
Mientras alarde no hiciere
De la firme voluntad,
Que con obras, como has dicho,
Saca á plaza su caudal.
Plegue á Dios, Matilde mia,
Que te quite un desleal
El estado con la hacienda;
Que te mande desterrar
El rey; que en aquesta quinta
Se encienda un fuego voraz;
Para que entónces conozcas
Mi amor firme y liberal.
No ha querido el cielo...

MATILDE.

Basta:

No digas, príncipe, mas;
Ni por hacerme á mi bien,
Quiéras que me venga mal.
Mas valen palabras tuyas
Que obras de otro: en casa está
Durmiendo toda su gente;
Mas presto despertará.
Vete, que abre ya el aurora
Sus vidrieras de cristal:
En Puzol, recreacion mia,
Esta tarde me verás...
Pero oye, escucha: ¿qué es esto?

GALLARDO. (Dentro.)

¡Socorro! ¡Agua, que se abrasa,
Cielos, nuestra quinta y casa!

VOCES DENTRO.

¡Fuego, fuego!

GALLARDO. (Dentro.)

Acudid presto,
Que están las puertas cogidas,
Y se ha de abrasar la gente.

MATILDE.

¿Hay caso mas inclemente?

PROSPERO.

Riesgo corren nuestras vidas.
Mirad, princesa, por vos,
Que el fuego nos ha asaltado,
Y las puertas ha atajado.

GALLARDO. (Dentro.)

¡Que nos quemamos, mi Dios!

MATILDE.

Príncipe, ¿qué hemos de hacer?

PROSPERO.

Por esta ventana quiero
Saltar.

MATILDE.

¿Tú eres caballero?

Si te obliga una mujer,
A quien tanto dices que amas,
Descuélgame ántes por ella.

PROSPERO.

Todo el temor lo atropella,
Y ya se acercan las llamas.
¿Cómo haré lo que me mandas,
Si no hay con que te librar?

MATILDE.

La capa puedes rasgar:
Con las ligas, con las bandas
Que atemos y con sus tiras,
Nos librarémos los dos.

PROSPERO.

¿Gentil espacio, por Dios,
Para el peligro que miras!

Salta, princesa, tras mí,
Si te atreves.

MATILDE.

Pues, traidor,

¿Esa es la ayuda y favor
Que me prometiste aquí?

¿El fuego que deseabas
Que en la quinta se encendiese,
Porque tu amor conociese?

¿Lo mucho que blasonabas?
¿El jurar, el prometer
De no dejarme jamas?

PROSPERO.

Aquí, princesa, verás,
Lo que hay del decir á hacer.
En muerte no hay juramento
Con que obligarme presumas,
Porque palabras y plumas
Dicen que las lleva el viento. (Vase.)

MATILDE.

Pues no pienses, enemigo,
Que así tienes de librarte:
Que el huir he de estorbarte,
Porque te abrases conmigo. (Vase.)

MATILDE.

¡Por el tropel de las llamas
Se arrojó!

Vista exterior de la quinta.

ESCAPA XV.

DON INIGO, GALLARDO, SIRENA, al-
borotados.

DON INIGO.

¿Y dónde está mi princesa?

SIRENA.

¡Ay hermano de mi vida!
Ya de la llama homicida
Será malograda presa.
En los brazos del sosiego
Durmiendo, su muerte fragua,
Porque lo que no hizo el agua
Ose ejecutar el fuego.
En ese cuarto se abrasa,
Siendo el remedio imposible,
Porque la llama terrible,
Juez violento de tu casa,
De fuego ha puesto las guardas
A las puertas.

DON INIGO.

Pues quedar
Hecho ceniza, y mostrar
De amor hazañas gallardas.

SIRENA.

¿Estás loco?

GALLARDO.

Señor mio,
Detente, que tu aficion
No es caso de inquisicion,
Ni tú herege ni judío.
Basta quedar de la agalla,
Sin casa, ropa, ni hacienda.

DON INIGO.

Nadie impedirme pretenda,
Que he de abrasarme ó libralla.
Haga aquí mi esfuerzo alarde.

ESCAPA XVI.

MATILDE y PROSPERO, á una venta-
na.—DICHOS.

MATILDE.

Conmigo te has de abrasar,
Sin que te deje librar,
Descomedido, cobarde.

PROSPERO.

Vive Dios, si no me dejas,
Que con la daga te pase
El pecho.

MATILDE.

Como te abraze
El fuego, y vengue mis quejas,
Mátame.

PROSPERO.

Suelta, atrevida,
Y cuando ves que me abraso,
De palabras no hagas caso,
Que mas me importa la vida.

(Entranse los dos.)

ESCAPA XVII.

DON INIGO, SIRENA, GALLARDO.

DON INIGO.

¡Oh bárbaro! Vive Dios,
Que ha de ver por experiencia
Matilde la diferencia
Que el amor hace en los dos.
La princesa de Salerno
Saldrá libre á tu pesar,
Aunque lo intente estorbar
El fuego del mismo infierno. (Entrase.)

ESCAPA XVIII.

SIRENA, GALLARDO.

GALLARDO.

¡Por el tropel de las llamas
Se arrojó!

SIRENA.
¡Bravo valor!
Salamandra del amor,
El te libre, pues bien amas.
GALLARDO.
Envuelta en su misma capa
La trae.

ESCENA XIX.

DON INIGO, que saca á MATILDE en-
vuelta en la capa.—DICHOS.

DON INIGO.
Vamos á la fuente,
Que aplaque el rigor ardiente
De que mi valor te escapa.

SIRENA.
¿Sales herido?

DON INIGO.
¿Qué importa,
Si con la que adoro salgo?

MATILDE.
Español de pecho hidalgo,
Los pies te pido.

DON INIGO.
Reporta....

MATILDE.
Dos veces debo á tus brazos
La libertad con la vida:
Ella será agradecida
A tus generosos lazos.
Salerno te ha de llamar
Su príncipe.

GALLARDO.
¡Buen bocado!

DON INIGO.
Pues del fuego te he librado,
Y te he sacado del mar,
Ya gozan mis pensamientos
Con tu vida el galardón.

MATILDE.
De lo que te debo son
Testigos dos elementos.
(Ap. Descos agradecidos,
Mudad de amor y consejo.)

GALLARDO.
Llamas, adios, que allá os dejo
El arca de mis vestidos.

ACTO SEGUNDO.

Cámara del Rey.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, RUGERO, PROSPERO.

REY.
Bien, Rugero, habeis salido
Con vuestra cuerda invención;
Yo me doy por bien servido.
De Matilde la traicion
Descubierta á tiempo ha sido;
Pues cuando mas confiado
El Anjou contra mi parta,
Saldrá en vano su cuidado.
La firma de aquesta carta
Hoy á Salerno os ha dado:
Muchos años le goceis.

RUGERO.
Sirviéndoos, señor, á vos;
Que aunque la guerra teméis,
Esperanza tengo en Dios
Que pacífica goceis
Esta corona, á pesar
De quien traiciones encierra.

REY.
Matilde no ha de quedar
Con una almena en mi tierra.

RUGERO.
Y es muy justo. Secuestrar
Toda su hacienda mandé;
Y como tan descuidada
De su desgracia la hallé,
Sin poder ocultar nada
Pobre y triste la dejé;
Y ha de perder el juicio,
Sin la hacienda, según queda.

REY.
Dará de lo que es indicio.
PROSPERO.
Cualquier mal que le suceda,
Si anduvo en tu deservicio,
Es, señor, bien empleado.

REY.
Quitárale la cabeza,
Como le quito el estado,
A sufrirlo la nobleza
Que de mi sangre ha heredado;
Mas salga desposeida
De Salerno, y sienta al doble;
Que afrentada y perseguida,
Es la pobreza en el noble
Civil muerte de por vida.
Notificalde, Rugero,
Que dentro de nueve días
Salga del reino, que quiero,
Atajando tiranías,
Ser con clemencia severo;
Y escarmiente en su cabeza,
Próspero, quien contra mí
A alterar mi reino empieza.

PROSPERO.
Toda mi vida servi
Con lealtad á vuestra alteza.

REY.
No lo niego yo.

PROSPERO. (Ap.)
Parece
Que con palabras confusas
Dudas contra mí encarece.

REY.
Sospechoso es quien escusas,
Sin darle cargos, ofrece.
No paseis mas adelante;
Que de vuestra lealtad
No estoy, Próspero, ignorante;
Aunque amor y mocedad
Giegan tal vez un amante.

PROSPERO.
Yo confieso, gran señor,
Que á Matilde le he tenido;
Pero jamas el amor
Destruye en el bien nacido
Las deudas de su valor.
No supe mientras la amé
Cosa en vuestro deservicio;
Pero agora que lo sé,
Dando de quien es indicio
Mi lealtad, la olvidaré.
Y para prueba mayor
De que serviros deseo,
Os suplico, gran señor,
Que alenteis un noble empleo
En mejoras de mi amor.
Laura es de Rugero hermana,
Y bastante su hermosura
A hacer la sospecha vana
Que tenéis, si mi ventura
Al yugo de amor la allana;
Pues de esta suerte mejor
Mi fe, dando indicios claros
Que os guardo el justo decoro,
Y demas de aseguráros,
Muestro lo que á Laura adoro.

REY.
Siendo Laura tan discreta,
No creo rehusará
Amor que así la respeta.

RUGERO.
Mi hermana, señor, está
A vuestro gusto sujeta.

REY.
Si en el mio el suyo ha puesto,
Próspero su esposo sea.

PROSPERO.
Lo que os debo os manifiesto,
Gran señor.

REY.
Muy bien se emplea,
En vos Laura. Mas ¿qué es esto?

ESCENA II.

MATILDE, de luto.—EL REY, PROS-
PERO, RUGERO.

MATILDE.
(Se arrodilla.)

Pues vengo á tus pies, señor,
En mi inocencia repara;
Que no osa mirar la cara
De su rey el que es traidor.
La culpa engendra temor,
Y siendo un Dios en prudencia
El buen rey, con la presencia
Que la verdad autoriza,
Al pecado atemoriza,
Animando á la inocencia.
De la poca turbacion
Con que mi lealtad pregonó,
Buenos testigos de abono
Mi cara y mi lengua son.
Si da lugar la pasion,
En ellos verás sin duda
La verdad que anda desnuda,
Pues cuando culpas declara,
Hurta el color á la cara,
Y deja la lengua muda.
A Salerno me has quitado,
Y lo que es mas, el honor,
Que se restaura peor
Que la hacienda y el estado.
Un papel solo ha bastado
A la sentencia cruel,
Que la ambicion cifra en él:
¿Cuándo el juez mas enemigo
Condenó con un testigo,
Y ese solo de papel?
Bien lo puedo recusar,
Pues habla en mi perjuicio;
Que no se admite en juicio
El que se deja cohechar;
Pero si él pudiera hablar,
Como se deja leer,
Testigo viniera á ser
Del traidor, que sabe en suma
Hacer cohechos de pluma
Y firmas contrahacer.
Mas aunque, sordo á mis quejas,
No me des dellas venganzas,
Porque en el rey la privanza
Ensordece las orejas;
Si libre el derecho dejás
Que tengo á volver por mí,
Fuerza es que escuches aquí
Mi justicia; que esta vez,
Pues siendo parte eres juez,
De tí apelo contra tí.
No que me perdones pido,
Ni es esa mi pretension,
Que no puede haber perdón
Donde delitos no ha habido:
Sino es que estés advertido
Que quien contra una mujer
Traidor ha venido á ser,
Aunque su lealtad afirmas,
Como ha hecho falsas firmas,
Reyes falsos sabrá hacer.

RUGERO.
La fe que en mi abono alego,

Y vuestra traicion contrasta,
Respondiera, á no estar....

REY.
(A Rugero.)
Basta.

(A Matilde.)
Salid de mis reinos luego.
(Vanse el Rey y Rugero.)

ESCENA III.

MATILDE, PROSPERO.

MATILDE.
¡Ah lisonjas, que el sosiego
Quitais y haceis tantos daños!
En un rey de pocos años,
¿Qué importan verdades ciertas,
Si al alma tomáis las puertas,
Poniendo guardas de engaños?
Ya, Príncipe, que ha cumplido,
En prueba de vuestro amor,
Maldiciones el rigor
Que habeis al cielo pedido;
Ya que se incendió la casa
Donde amante prometistes
Favores que no cumplistes,
En fe que amor no os abrasa;
Ya, en fin, que el Rey me ha quitado
La hacienda, el honor, la tierra,
Y severo me destierra
De su reino y de mi estado;
Si en el noble deuda son
Palabras, que es bien que cobre,
No os espanteis de que pobre
Haga en vos ejecucion.
Aqui no hay que recelar
Peligros, como primero:
Ni os amenaza el mar fiero,
Ni el fuego os ha de abrasar,
Ni de mi esposo y señor
Os pide el si mi ventura;
Que hoy juzgaréis por locura
Lo que ayer por gran favor.
A menos costa podeis
Palabras desempeñar:
Mándame el Rey desterrar:
La persecucion que veis,
Me halló desapercibida,
De mi inocencia señal;
Pues á no ser yo leal,
Ya estuviera prevenida.
Embargáronme la hacienda
Y hasta las ropas y el oro,
De mi persona decoro:
No tengo qué empuñe ó venda,
Sino el agradecimiento,
Que siempre que vos gustéis,
En mi ejecutar podéis;
Y aqui empenáros intento.
Fuerza es salir desterrada,
Y quisiera partirme hoy,
Ya que no como quien soy,
Al menos cual pobre honrada.
Dad en esta ocasion muestra
Del valor que se os ofrece,
Y salga como merece
Quien ha sido prenda vuestra.

PROSPERO.
Sabe el cielo lo que siento
Vuestra desgracia, señora,
Y que si como os adora
Mi constante pensamiento,
No temiera un rey airado,
Y menor mi riesgo fuera,
Dueño del alma os hiciera
Como de mi principado.
El delito que os imputan,
Sea mentira ó sea verdad,
Es de lesa majestad,
Y por traidores reputan
Los que amparan á traidores.

PALABRAS Y PLUMAS.

Estoy, por vos, indiciado
Con el rey; que no han sacado
Otro fruto mis amores.
Si sabe que os favorezco,
Su sospecha hará verdad,
Y estimo en mas mi lealtad
Que el amor que os encarezco.
Lo que por vos podré hacer,
Andando el tiempo, es hablalle,
Disponelle y amansalle;
Pues al fin ha de vencer
La verdad; y en cuanto á esto,
Cuando mi lealtad entienda,
La vida, estado y hacienda
Estoy á perder dispuesto
En vuestra defensa: agora
Perdonad el no atreverme
A ayudaros, que es perderme,
Puesto que el alma os adora.
Si vos os servís que escriba
Al de Mantua, mi deudo es,
Y no dudo que el marques
Como quien sois os reciba.
Enviárele un propio luego,
Y prevenido estará,
Para que en llegando alla
Dé á vuestras penas sosiego.
Y quedaos, señora, adios;
Que han de culpar en palacio
Mi lealtad, si tan de espacio
Me ven hablando con vos.

MATILDE.
Esperad, que mal restaura
Vuestra fe mi amor primero...

PROSPERO.
Temo que salga Rugero,
Que ha de casarme con Laura.
No me llames ni me nombres,
Que estoy en buena opinion. (Vase.)

MATILDE.
Vete, traidor, que así son
Todos los mas de los hombres.

ESCENA IV.

MATILDE.
¡Ah pelota del mundo, que no encierra
Sino aire vil que se deshace luego!
De favor me das cartas, cuando llevo
Ofendida de un rey que me destierra!
Quien fe á palabras da, ¿qué de ello
[yerra!]
Prueba tu amor el mar cuando me ane-
Tu cobardía saca á plaza el fuego, [go,
Y hasta el favor me niegas de la tierra.
Tres elementos, bárbaro, han mos-
[trado]
Que eres cobarde, ingrato y avariento:
En el cuarto tu amor solo has cifrado.
¿Qué á mi costa, villano, experimento
Que en palabras y plumas me has pa-
[gado!]
Mas quien de ellas fió, que cobre en
[viento. (Vase.)

EXPLANADA delante de la quinta de don Inigo, la
cual aparecerá arruinada por el incendio.

ESCENA V.

DON INIGO, con gaban y una escopeta;
GALLARDO.

GALLARDO.
¡Buenos habemos quedado!

DON INIGO.
Paciencia mi daño apreste.

GALLARDO.
Como si amor fuera peste,
La hacienda nos han quemado.

DON INIGO.
No tan malo, que una sala
En que dormir nos dejó.

GALLARDO.
De luto la entapizó
Con el humo que señala.
A los privados presumo
Que hoy el fuego á imitar prueba,
Pues que la hacienda nos lleva,
Y solo nos paga en humo.
Ya es casa de esgrímidor
La nuestra: una pobre cama
Te dejó la voraz llama,
Que cuando fuera mejor,
No importara; un arcabuz,
Una espada y un broquel,
Una imagen de papel,
Dos monteras y una cruz,
Un cuchillo, dulce en filos,
De monte...

DON INIGO.
No seas molesto.
GALLARDO.

Y el vestido que traes puesto,
Que en los huesos de sus hilos
Muestra que en tales sucesos
La pobreza con quien topa,
Por no perdonar la ropa,
La desentierra los huesos.

DON INIGO.
El cielo lo quiere así:
¿Qué he de hacer?—Dábase pena
Ver á mi hermana Sirena.
Tan pobre y triste por mí;
Y tanto mas lo sentía,
Cuanto con su discrecion
Me ha puesto en obligacion;
Mas es hermana al fin mia.
Laura, viendo lo que pasa,
Como su amistad estima,
De sus males se lastima,
Y la ha llevado á su casa.

GALLARDO.
No ha sido esa poca suerte.

DON INIGO.
Por notable la tuviera,
Como Rugero no fuera
Su hermano, y contrario fuerte
De Matilde.

GALLARDO.
¡Bien por Dios!
Cada loco con su tema.
La hacienda el fuego nos quema,
Dejándonos á los dos
Por su ocasion de la agalla,
¿Y en eso das todavía?

DON INIGO.
Crece mi amor de dia en dia:
Ya, Gallardo, sin amalla
No podré vivir.

GALLARDO.
¿Qué bueno
Para el tiempo!

DON INIGO.
Una mujer
Que se acostumbró á comer
Desde pequeña veneno,
Con cualquier otro sustento
Sentía daño y pesadumbre:
Quiero ya bien por costumbre,
Y mátameme otro sustento.

GALLARDO.
Que ya eres dichoso digo;
Pues cuando, á mi parecer,
No esperábamos comer,
Traes la despensa contigo.
¡Pobre de aquel que sin llamas
No gasta esa provision!
Trocara yo á un bodegon
Toda una flota de damas.
¿Que sea tan estreñida
La tuya, señor, que agora,